

Paul Celan

Ciégate hoy mismo

Ciégate hoy mismo:
también la eternidad está llena de ojos-
allí
se ahoga lo que ayudó a las imágenes
a pasar el camino por el que vinieron,
allí
se apaga lo que también a ti te ausentó
del lenguaje con un gesto,
que dejaste surgir como
la danza de dos palabras sólo hechas
de otoño y seda y nada.

Había tierra en ellos

Había tierra en ellos
y cavaban.

Cavaban y cavaban y pasaba así
el día y pasaba la noche. No alababan a Dios
que, según les dijeron, quería todo esto,
que, según les dijeron, sabía todo esto.

Cavaban y nada más oían;
y no se hicieron sabios ni inventaron un canto
ni imaginaron un lenguaje nuevo.
Cavaban.

Vino una calma y vino una tormenta
y todos los océanos vinieron.
Yo cavo y tú cavas e igual cava el gusano
y aquel remoto canto dice: cavan.

Oh uno, oh nadie, oh ninguno, oh tú:
¿Adónde iba si hacia nada iba?
Oh, tú cavas y yo cavo, yo me cavo hacia ti,
y en el dedo se nos despierta el anillo.

Fuga de la muerte

Negra leche del alba la bebemos de tarde
la bebemos a mediodía y en la mañana y en la noche
bebemos y bebemos
cavamos una fosa en los aires no se yace allí estrecho
Un hombre habita en la casa juega con serpientes
él escribe
escribe al oscurecer a Alemania tus cabellos de oro
Margarete
lo escribe y luego sale de la casa y brillan las estrellas
de un silbido convoca a sus perros
a sus judíos con silbos congrega y
les hace cavar una tumba en la tierra
ordena tocar hasta danzar

Negra leche del alba te bebemos de noche
te bebemos en la mañana y al mediodía te bebemos de tarde
bebemos y bebemos
Un hombre habita en la casa juega con serpientes escribe
escribe al oscurecer a Alemania tus cabellos de oro
Margarete
tus cabellos de ceniza Sulamita y cavamos una fosa en los
aires no se yace allí estrecho

Grita caven unos la tierra más profundo y los otros canten
toquen
y saca el acero del cinto y lo blande son azules sus ojos
caven más unos con las palas y los otros toquen hasta danzar

Negra leche del alba te bebemos de noche
te bebemos al mediodía a la mañana y al atardecer
bebemos y bebemos
Un hombre habita en la casa tus cabellos de oro Margarete
tus cabellos de ceniza Sulamita él juega con las serpientes

Y nos grita que suene más dulce la muerte la muerte es un
maestro venido de Alemania
grita más oscuro el sonido de los violines y subirán
como humo en el aire
así tendrán una fosa en las nubes no se yace allí estrecho

Negra leche del alba te bebemos de noche
te bebemos en medio del día es la muerte un experto alemán
te bebemos en la tarde y la mañana bebemos y bebemos
es la muerte un experto alemán sus ojos son azules cual
acero
te hiere con una bala de plomo con precisión te hiere
un hombre habita en la casa tus cabellos de oro Margarete
azuza contra nosotros sus perros nos sepulta en el aire
juega con las serpientes y sueña la muerte es un experto
venido de Alemania

tus cabellos de oro Margarete
tus cabellos de ceniza Sulamita.

Ingeborg Bachmann

El tiempo postergado

Vienen días más duros.
El tiempo dado a préstamo
expirará en el horizonte.
Pronto tendrás que atarte los zapatos
y correr a los perros de vuelta
a las granjas de la tierra baja.
Pues las vísceras de los peces
se han enfriado al viento.
Arde pobre la luz de los altramuces.
Tu mirada se abre paso a través de la niebla:
El tiempo dado a préstamo
expirará en el horizonte.

Allí, el amante se hunde en la arena,
sube alrededor de su cabello suelto,
la interrumpe,
le ordena que permanezca en silencio,
la encuentra mortal
y dispuesta a la despedida
después de cada abrazo.

No mires hacia atrás.
Átate los zapatos.
Trae a los perros de regreso.
Lanza los peces al mar.
¡Apaga los altramuces!

Vienen días más duros.

Temprano mediodía

Silencioso verde el tilo en el verano inaugurado,
muy apartada de las ciudades tiembla
el brillo opaco de la luna diurna. Ya es mediodía,
ya se agita en la fuente el chorro,
ya se alza bajo el destrozo
el ala maltratada del pájaro de fábula,
y la mano, desfigurada por tirar la piedra,
cae en el despertar del trigo.

Donde el cielo de Alemania ennegrece la tierra,
busca su ángel decapitado una tumba para el odio
y te entrega el cuenco del corazón.

Un puñado de dolor se pierde sobre la colina.

Siete años más tarde
te acuerdas nuevamente,
junto a la fuente, ante la puerta,
no mires demasiado profundamente,
se te saltarán los ojos.

Siete años más tarde,
en casa de amortajado,
apurán los ayer verdugos
el vaso dorado.
Se te hundirían los ojos.

Ya es mediodía, en las cenizas
dobla el hierro, sobre el mandril
está izada la bandera, y sobre la roca
del sueño ancestral, queda de aquí en adelante
forjada el águila.

Solo la esperanza, aquejada de ceguera,
está acurrucada bajo la luz.
¡Rompe sus cadenas, guíala
ladera abajo, ponle
la mano sobre los ojos, que no la
abrase ninguna sombra!

Donde la tierra de Alemania ennegrece el cielo,
busca la nube palabras y llena el cráter de silencio
antes de que el verano las perciba bajo la llovizna.
Lo inexplicable recorre, en voz baja, el país:
ya es mediodía.

En la penumbra

De nuevo metemos los dos las manos en el fuego,
tú, para el vino de la noche largamente embodegada,
yo, para la fuente de la mañana, que desconoce los lagares.
Aguarda el fuelle del maestro, en quien confiamos.

Al sentir el calor de la preocupación, el soplador se acerca.
Se va antes de que amanezca, viene antes de que llames, es
viejo
como la penumbra en nuestras tenues cejas.

De nuevo, él prepara el plomo en caldera de lágrimas,
a ti, para un vaso -se trata de celebrar lo desaprovechado-,
a mí, para el pedazo lleno de humo -este se vacía sobre el
fuego.
Así avanzo hasta ti y hago sonar las sombras.

Descubierto está quien ahora vacile,
descubierto, quien haya olvidado el dicho.
¡Tú no puedes ni quieres saberlo,
tú bebes del borde, donde está fresco,
y como antaño, bebes y permaneces sobrio,
a ti aún te crecen cejas, a ti aún te contemplan!

Pero yo ya aguardo el momento
en amor, a mí se me cae el pedazo
en el fuego, a mí se me convierte en el plomo
que era. Y detrás de la bala
estoy yo, tuerta, segura del blanco, delgada,
enviándola al encuentro de la mañana.



Portada: Alberto Durero, "Melancolía I" (detalle), 1514

Ediciones Desmesura
pablojavierrgil@yahoo.com.ar
Nº117 - Año VII - Diciembre de 2019
San Carlos de Bariloche



TRÁNSITOS AL VACÍO

POESÍA DEL SIGLO XX
PAUL CELAN / INGEBORG BACHMANN

SELECCIÓN
JORGE C. ALEGRET